

JORGE CANEDA

MENTIRA

SIN LÍMITE

PRECUELA



Suscríbete a mi newsletter para recibir relatos gratis

www.jorgecaneda.com

MENTIRA SIN LÍMITE

Jorge Caneda

Precuela de la serie
SIN LÍMITE

© 2024 Jorge Caneda
Diseño de portada: A. Victoria Vázquez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de su titular, salvo excepción prevista por la ley.

<https://jorgecaneda.com/>

*A los que alguna vez
mintieron por amor*

Capítulo 1

1

Casandra se despertó con la esperanza de que el nuevo día hiciera desaparecer lo que guardaba en el interior de su cuerpo. Había soñado que hacía el amor con Christian toda la noche, con dulzura entre sus brazos. Lo hacían una y otra vez, como si su embarazo fuera reversible.

Se levantaría a la hora de comer con la resaca habitual y, en esta ocasión, estaría con sus padres en armonía, porque la broma que albergaba habría sido una mala experiencia que no se iba a repetir. Lo comentaría con ellos y después ya vería.

Mantuvo esa ilusión mental mientras se acercaba a la puerta de su dormitorio, en penumbra, gracias a la tenue luz de la lámpara de la mesilla. Su conciencia se zarandeó al salir al pasillo. La claridad del sol la iluminó, la cegó y se burló de ella.

«Es la luz del alumbramiento», pensó. O creyó escuchar una voz a lo lejos.

Percibió el característico olor del asado del domingo. Su madre se esforzaba por tener listo un agradable plato de carne para las dos de la tarde. Calculó que se había levantado una hora antes de lo habitual porque oyó la radio en la cocina y el cuchillo cortando sobre la tabla.

Su padre leía la prensa, sentado en el sofá y de espaldas a ella. El televisor, incrustado en un hueco de la estantería de la biblioteca, emitía un programa de temática religiosa. La rutina pronto se vería rota por la noticia que haría estallar en sus cabezas.

Cruzó el pasillo sin ser oída, se encerró en el baño y el mundo se derrumbó.

Se sentó y hundió su mirada entre los pies.

Era el comienzo de una vida que la destruiría para siempre.

2

El domingo era el único día en el que comían con la televisión puesta, lo cual era un alivio para Casandra.

Victoria había tenido tiempo para preparar unos huevos rellenos que servirían de aperitivo antes del asado. Los ponía sobre la mesa cuando entró su hija.

—Tienes mala cara, ¿te encuentras bien?

—Sí, mamá...

—Vístete y avisa a tu padre.

—Es una sudadera limpia —dijo, mirándose.

—A la mesa hay que sentarse con decencia. Ponte el jersey verde de punto que llevaste la última vez que fuiste a misa y te calzas.

Casandra se fue resoplando y Victoria dispuso los últimos detalles de la cubertería.

Padre e hija llegaron juntos a la cocina. A veces, a Victoria le parecían dos gotas de agua. Casandra había heredado la cara redonda de su padre, aunque el cuerpo delgado y menudo era espejo de su madre.

—Raymond, ten cuidado, no manches la camisa nueva —dijo mientras servía una copa de vino rosado.

—Seré cuidadoso —y guiñó un ojo a su hija.

Después bendijo la mesa y comenzaron a comer.

Casandra jugueteaba con la comida del plato, sin hambre y con náuseas. Para disimular, miró al televisor mientras su padre alababa el banquete. Emitían un programa de debate frívolo aunque ella era incapaz de seguir la conversación.

Pensó en dejar comer tranquilos a sus padres por última vez, y darles la noticia al final del postre, pero empezó a notar sudores fríos. Después, un leve mareo que la hizo recostarse en la silla.

—¿No te gusta, Casandra?

La chica tragó un trozo de huevo. Su madre la observaba seria, con la barbilla levantada y los ojos azules afilados y enfocados en ella. Su estómago se contrajo mientras su padre se chupaba los dedos satisfecho con el bocado. Aquel hombre, de impecable afeitado y mofletes rosados, cómplice de unos cuantos secretos compartidos, no se merecía lo que iba a decirle.

—¿Casandra?

Tampoco sabía si se iba a desmayar.

—Estoy embarazada...

3

En cuanto lo dijo, su mente se despejó. Como si ese alivio fuera a exculparla. Como si fuera una liberación. Pero lo que vino a continuación se le quedó en la memoria para siempre.

Su madre golpeó la mesa con el puño y los cubiertos saltaron por los aires. Su padre, paralizado, la miró con extrañeza, pero con el paso de los segundos su gesto se transformó en decepción.

—¡No estarás hablando en serio! —gritó Victoria.

Casandra asintió, cabizbaja, y su madre se levantó de golpe arrastrando la silla en busca del fregadero para apoyarse.

—Hija... ¿estás segura? —dijo su padre.

Casandra ahogó un sollozo...

Victoria, furiosa, se dirigió a su marido.

—¡Te dije que esta niña no estaba centrada en la universidad, Raymond!

El hombre levantó la mano para que se calmara y pudiera digerir la noticia.

—¡Está pensando en chicos que no le convienen! ¡No tiene amigas acordes a nuestro estatus! ¡Todas son malas compañías!

Raymond miraba a su hija, con un hilo de esperanza de que aquello no fuera cierto, pero Casandra rehuía su mirada.

—¡Te lo dije! ¡Sales demasiado y no estudias! —continuaba su madre.

—¡No me gusta la universidad! ¡Esa carrera es una mierda!

—¡Ese vocabulario!

—¡Silencio! —gritó su padre.

La discusión se detuvo durante unos momentos con los llantos de Casandra de fondo.

—¿Quién es él?

—¿No oyes a tu padre? ¡Quién es él!

Raymond se levantó para apaciguar a su esposa. Casandra temblaba en un rincón de la cocina.

—Hija, dinos quién es él. Qué estudia. ¿Se lo has dicho ya?

Casandra negó y después miró a sus padres como si estuviera en una sala de interrogatorios con los peores policías.

—¿Es un chico de fiar? ¿Se va a hacer cargo?

Victoria se deshizo de su marido y cruzó los brazos maldiciendo para sus adentros.

—Está en la Facultad de Derecho.

—¿Terminando?

—Todavía no, papá... Pero le irá bien.

Victoria se dio la vuelta y se encaró a ellos.

—Esta se ha liado con otro maleante, Raymond... Mira que te lo dije... Consientes mucho a la niña... pero tú como si nada.

—¡Cállate de una vez, Victoria!

Su padre se sentó a su lado mientras la madre apretaba los labios.

—¿Qué pruebas te has hecho? ¿Las de la farmacia?

—Sí, varias veces.

El hombre seguía pensando para sus adentros.

—Tal vez podría... abortar —insinuó ella.

Los padres se miraron y, después de unos segundos, Victoria no pudo reprimirse más.

—Mañana te llevaré al ginecólogo para asegurarnos de que esas pruebas son positivas. Estás castigada sin salir.

Raymond suspiró decepcionado.

—¿Sin salir? Ya he quedado con mis amigas.

—No saldrás.

—¡Necesito verlas!

—¡No me discutas!

—Victoria...

La mujer cogió un trapo de cocina y secó sus lágrimas.

—¿Te parece bien que salga? Pues nada, hija... Haz caso a tu padre... Total, ya no te pueden preñar otra vez.

Casandra se levantó y se encerró en su cuarto.

Toda la tarde.

Capítulo 2

1

A primera hora del lunes Casandra siempre se reunía con su mejor amiga de la Facultad. Solían faltar a la primera clase porque preferían desperezarse en la cafetería poniéndose al día con algún chisme.

—¿Qué pasó ayer que no viniste?

—Movida con mis padres.

—¿En serio? ¿No sería Christian, que te dejó sin fuerzas?

A Casandra se le iluminó la cara, recordándolo, y le preguntó:

—¿Lo has visto por el campus?

—Tía, no me ha dado tiempo. Además... ya sabes que se salta todas las clases. No aparecerá hasta media mañana.

—Ya, estará cansado del fin de semana.

—¿Cansado? Lo que tiene es mucha cara. Supongo que sabrás que no hay futuro a su lado, ¿verdad?

—No, es buen tío...

—Vamos, Casandra.

—De verdad, va a cambiar...

Las dos amigas se miraron, serias.

—Ese chico no es bueno para ti.

—Me trata muy bien cuando estoy a solas con él.

—¿Eres la única del campus que no ha visto su chulería?

Casandra se agarró al bolso que tenía en su regazo y sintió la necesidad de aligerar la carga de angustia originada tras la discusión con sus padres.

—Tengo un problema...

—Desde luego, pero se te pasará en cuanto te alejes de él.

—Estoy embarazada.

—¿Qué?

Tras la barra de la cafetería a uno de los camareros se le cayó una bandeja al suelo con gran estruendo.

Las chicas lo miraron. Pero no estaba escuchando.

—¿De Christian?

Casandra asintió y después percibió la cara de desprecio de su amiga.

—Por eso me quedé en casa ayer.

—¿En serio estás embarazada de ese tío?

—Calla, te van a oír...

La otra empezó a recoger sus cosas.

—No sé, tía. Tú sabrás lo que haces con tu vida. Yo ya te dije lo que me parece Christian.

—Ya pero, ha pasado...

—No sé qué le ves, Casi. Para una noche vale, pero lo tuyo es enfermizo.

Y se fue.

Casandra se quedó sola en la cafetería medio vacía, y se sintió igual, vacía por dentro, aunque claro, no del todo.

Abrazó su bolso contra sus pechos, a punto de estallar a llorar.

Después, salió corriendo del edificio. Buscó a Christian en los jardines y en los lugares que frecuentaba, pero no lo encontró.

No lo encontró en toda la mañana.

2

Victoria era una mujer que trataba de dar ejemplo en cualquier situación. De camino al ginecólogo, conducía respetando los límites de velocidad y señalizaba cada cambio de carril.

No se habían dirigido la palabra desde que Casandra llegara de clase, pero ambas se necesitaban. La madre quería una pronta reconciliación si la mala noticia se confirmaba para afrontar una nueva vida. Y su hija necesitaba el apoyo de su madre para salir cuanto antes de aquella espiral de rechazos.

En la autopista hacia la metrópoli, Victoria intentó limar asperezas.

—¿Estás bien, hija?

—No, mamá...

El tráfico fluía con dificultad a medida que se acercaban. Tras un rato de silencio:

—Se lo habrás dicho al chico ese...

Casandra negó.

—¿Cuándo lo verás?

—¿Qué te hace suponer que no lo he visto?

—Te conozco Casandra. Si nos lo has dicho a nosotros, con más motivo se lo dirás a él.

—Todavía no es seguro que esté embarazada. Para eso vamos a consulta... ¿no?

Victoria se concentró en la conducción y Casandra dejó perder su vista en los edificios que pasaban. Hasta que llegaron a los primeros semáforos y detuvo el coche.

—¿Cómo se llama?

Casandra no contestó. Victoria arrancó bruscamente cuando el disco se puso verde.

—¿Es guapo?

Se dirigían por la principal de cuatro carriles que las llevaba hacia el parking de un gran edificio.

—¡Vamos, Casandra! Me gustaría saber qué apariencia va a tener mi nieto.

La chica sonrió sin querer. Era lo último que esperaba de su madre esa tarde.

—Sí, mamá... es muy guapo. Y se llama Christian.

Victoria le correspondió con otra sonrisa.

—¿Y dónde lo conociste? ¿En algún antro de esos en los que te metes los sábados?

A Casandra se le esfumó el poco ánimo que había conseguido recuperar.

—No, en el parque, mamá. En el del campus. A plena luz del día, sin tabaco, ni alcohol.

Victoria no dijo nada más. Tenía la información que necesitaba. Bajó la rampa del aparcamiento y estacionó a la primera. Después, se dirigieron andando a la clínica privada a

pocos metros de allí.

Pasaron parte de la tarde entre pequeñas pruebas con las asistentes del doctor y la sala de espera, hasta que su ginecólogo de confianza las atendió en consulta.

—¿Cómo está tu marido, Victoria?

—Muy bien, gracias doctor.

—La última vez que hablamos estabas contenta porque iban a destinarlo a misiones de menos riesgo, ¿cómo fue eso?

—Pues todo bien. Ya no tiene que viajar al extranjero en misión humanitaria por culpa de esas guerras y ahora tiene una vida más tranquila en la oficina, tomando decisiones pero sin moverse de la butaca.

—Así todos más tranquilos, ¿verdad?

—Mucho más... —y sonrieron.

Después se acomodaron y el doctor abrió el expediente de Casandra en su ordenador.

—Tengo que comunicaros que se confirman vuestras sospechas. Los resultados de las analíticas indican la existencia clara de la hormona en sangre...

Ambas mujeres se miraron. Casandra deseaba que su madre extendiera la mano en señal de apoyo, pero Victoria se mantuvo impassible, erguida y con la espalda recta.

—Todo irá bien, Casandra... —continuó el doctor.

—Discúlpela... No es una buena noticia para ella...

«¿Y para ti sí, maldita hipócrita?», pensó la muchacha.

—Tómense su tiempo. Lo que sí deben saber es que, pase lo que pase, cualquier tipo de prueba o consulta que quieran realizar, incluso un parto programado, lo tienen incluido en el seguro de su marido, por lo que en ese aspecto, estarán en las mejores manos.

La conversación continuó fijando las fechas y pasos que tendrían que dar en las siguientes consultas, pero Casandra entró en un estado de shock que le impidió retener nada. Ni siquiera recordó el trayecto de vuelta a casa.

A solas en su habitación le hubiera gustado llamar a alguien, pero su mejor amiga la había despreciado y Christian nunca le había dado el número de su casa.

3

Raymond vivía con su familia en una zona apartada de los terrenos de la urbanización. Habían construido muy pocos chalets y separados entre sí, por lo que los vecinos apenas se relacionaban entre ellos.

Cuando llegó, puntual, oscurecía y a través de la ventana vio la tenue luz de la lámpara que Casandra mantenía encendida en su dormitorio cuando iba a dormir. Suspiró y entró en su hogar.

Victoria preparaba la cena en la cocina. No hablaba con su marido desde la discusión del día anterior. Se miraron y él supo que la noticia se había confirmado.

Casandra no salió a recibirlo.

Él se dirigió a su cuarto. Allí estaba la bata perfectamente doblada sobre la cama y las pantuflas al lado de la alfombra.

Comenzó a quitarse el uniforme y Victoria entró en el dormitorio.

—Ya sé cómo se llama —dijo ella.

—¿Casandra está bien?

—Todo lo bien que puede estar en su situación.

—Me refiero a su salud...

—Claro, ¿cómo no va a estarlo?

Raymond se sentó en la cama. Victoria, a su lado, le acarició la espalda.

—Se llama Christian y se conocieron en el parque del campus.

Después se miraron.

—Ocúpate de él —dijo Victoria.

Capítulo 3

1

Al día siguiente, antes de la primera clase, Casandra buscó a su mejor amiga y la encontró en el pasillo con un grupo de chicas.

—¿Puedes venir conmigo?

—¿Adónde?

—Necesito encontrar a Christian. Acompáñame, por favor.

—No me metas en tus movidas, anda.

Y le dio la espalda para seguir hablando con sus nuevas compañeras, dejándola sin palabras.

En la clase, su amiga se sentó lejos de donde lo hacía habitualmente. Con ella. No pudo soportarlo. Tropezó con el profesor cuando salía llorando.

Después fue a la cafetería de la Facultad de Derecho, pero Christian no estaba allí. Vagó por el parque esperando a que apareciera, pero no acudió hasta media mañana, cuando lo vio sentado en uno de los bancos más apartados, cerca de la zona más frondosa.

A su alrededor, un grupo de chicos de primer año le hacían corrillo sacando dinero de sus bolsillos. Después, se quedaron con él, fumando y riendo a carcajadas.

Casandra se acercó pero el muchacho no se dio cuenta hasta que se dirigió a él.

—¡Christian! Tengo que hablar contigo.

Él la miró como si no la conociera de nada. El resto del grupo se quedó en silencio.

—Por favor, llevo dos días buscándote, es importante...

—Fúmate algo, morena... —dijo un pecoso con acné.

Christian le ofreció su cigarro.

—Ahora no. Tenemos que hablar.

El chico se incorporó, perezoso. Ella señaló el camino que se adentraba entre los árboles y se alejaron en esa dirección.

Intentó cogerle de la mano, pero Christian esquivó la caricia.

Casandra se mordió los labios, insegura. No sabía cómo iba a reaccionar. Y tampoco sabía qué iba a hacer ella. Sin él.

De pronto, el muchacho se detuvo en medio del sendero.

—Oye, tengo cosas que hacer, ¿qué es lo que quieres decirme?

Ella se puso de puntillas y buscó sus labios. Christian miró en todas direcciones y la correspondió de mala gana con un beso apenas insinuado mientras ella lo abrazaba y permanecía unos segundos respirando contra su pecho, comenzando a llorar.

—¿Qué pasa, tía? —dijo el joven apartándola—. ¿De qué va este numerito?

Casandra no fue capaz de mirarlo a los ojos.

—Estoy embarazada...

Christian tardó unos instantes en reaccionar.

Después sonrió.

Después negó.

—Lo hicimos sin protección y...

El tipo amplió su sonrisa.

—Igual no es mío.

Lo que dijo después, Casandra lo hizo a través de sus lágrimas.

—Es tuyo, Christian. Yo no soy ninguna de esas amigas tuyas a las que les vendes. Solo te quiero a ti.

Él retrocedió unos pasos, intentaba encontrar las palabras.

—Yo no sé nada, Casandra.

—¿Cómo? ¿No piensas hacer nada?

—No.

—Christian, no me dejes sola con esto, por favor. No puedo...

El chico se alejó aún más.

—No puedo hacerme cargo... Mírame. Soy un mal estudiante. Nunca acabaré una carrera. No sé nada de mi padre desde hace años, y mi madre... ya sabes en qué anda, sus negocios de la noche.

—Pero yo te quiero...

—Mira, haz lo que creas... aborta... no sé, lo que te dé la gana. Todo esto es culpa tuya, atente a las consecuencias... No voy a hacerme cargo. Solo sé traficar y tengo algunos contactos que pronto me presentarán a los peces gordos. No quiero tener responsabilidades ahora. Además, no sé si es mío...

—¡Te lo demostraré! Haremos la pruebas de ADN si quieres...

Christian se dio la vuelta.

—¡Aléjate de mí! ¡No quiero volver a verte!

—¡Christian!...

El chico regresó de vuelta con su pandilla y se despidió de ellos chocando los puños.

Casandra se acucilló sola en el sendero. Abrazó sus rodillas y lloró durante largos minutos.

2

Raymond se encerró en su despacho toda la mañana. No atendió llamadas y no recibió a nadie. Nunca había tenido esa sensación, pero ese día, su trabajo le parecía absurdo. Toda una vida al servicio de la nación, acatando órdenes de superiores a los que a veces ni siquiera conocía en persona. Hasta en cuatro ocasiones habló con el presidente del Gobierno, y ninguna de ellas para recibir felicitaciones. Había resuelto conflictos, algunos internacionales y altos mandos le habían asignado misiones secretas en las que tuvo que tirar de su propio criterio para salir adelante.

Sin embargo, no había sido capaz de conducir la vida de su hija desde que entrara en la adolescencia.

Su pequeña Casandra, dulce e inocente de niña, se tornó revoltosa y desobediente con el paso de los años. Siempre pensó que en cuanto se le pasara esa etapa, se encontraría de frente con una mujer adulta que desbordaría la alegría y pureza de su niñez. Pero los años habían pasado, y finalmente se confirmaron los malos augurios a los que Victoria lo sometía casi a diario.

Tenía que reconducir aquella situación. Su vida y la de su familia. Se lo debía a sí mismo.

Era una cuestión más importante que cualquiera que hubiera abordado en su faceta militar. Debía solucionarlo, o todo su brillante pasado no tendría significado.

Levantó el teléfono y marcó un número que sabía de memoria. Michael le debía muchos favores. Uno de ellos, mantener su puesto de trabajo intacto en la Agencia de Seguridad Nacional. A pesar de que con la llegada de los avances tecnológicos a muchos de los de su generación los habían relegado a funciones más precarias, aquel hombre seguía en el departamento a pesar de su dudosa valía.

—¿Michael? Soy Raymond.

—¿Cómo estás viejo?

—Todo bien. Escucha... Necesito que averigües una cosa.

—Adelante, tomo nota.

—Chico de veintipocos, Christian de nombre, pasa el tiempo en el parque del campus universitario donde va Casandra.

—¿Se ha metido en algún lío la niña?

—Puede...

—Te llamaré.

Raymond pasó la siguiente hora mirando por la ventana. Observando el ajetreo del aparcamiento, la llegada de algunos militares y la salida de otros. Se preguntaba si tendrían hijos, y cómo les habrían educado sus valores. Cómo habrían separado lo estricto de su formación militar con la vida familiar. Si esas enseñanzas, esos hábitos y esa disciplina implacable la habían llevado también a sus hogares o tal vez habían sido más permisivos. Y de serlo, si habían destrozado el futuro de sus hijos con algún embarazo inesperado.

La línea interna sonó.

—Señor... es Michael.

Raymond tomó asiento.

—Tenemos a uno, con foto incluida. Es el único que coincide con ese nombre. Fue arrestado hasta en cinco ocasiones por consumo y tráfico en ese mismo parque. Su padre vive al otro lado del país con otra mujer. Su madre fue detenida un par de veces por peleas callejeras.

—¿Puedes enviarme la ficha por email?

—¿Email? ¿No prefieres un fax? ¿O eso ya no funciona?

—Claro que funciona.

—De acuerdo. Oye...

—Dime...

—Dile a la niña que se mantenga lejos de esa gentuza.

Se despidieron y Raymond marcó el número de su casa.

—Victoria, me retrasaré para la cena.

—No te preocupes, cariño. Haz lo que tengas que hacer.

Casandra se recuperaba de la llorera en los baños. Tuvo tiempo para reflexionar sobre su futuro. No pensaba con claridad por estar desesperada, pero aun así, por primera vez, se enfrentó a él. Era desolador para ella, el único punto de apoyo que encontraba era su familia.

Amaba a su padre con locura, le dolía el disgusto que le había dado, pero en el fondo

confiaba en que él la perdonaría e incluso encontraría una solución para que pudiera seguir con su vida. Raymond era una persona muy disciplinada pero sabía dejar de lado su rectitud cuando estaba en familia.

Su madre era otra cosa. Siempre enzarzadas en discusiones, parecían recrearse en llevarse la contraria. Pero Victoria era incansable, cuanto más la azuzaban más se motivaba para encontrar el punto de vista en el que ella ganaría la contienda. La noticia le había caído mal y Casandra intuía cómo sería su reacción, lo que no había pensado es que ahora, posiblemente, tendría que buscar su apoyo, y eso significaba hacer todo lo que ella quisiera.

Decidió enfrentarse a la situación y asistió a la siguiente clase, como si ahora se hubiera propuesto ser una hija ejemplar.

Ni su mejor amiga ni las conocidas se acercaron a ella. Percibía los cuchicheos y casi podía escuchar también a su madre entre ellas.

«La niña no está centrada en los estudios, así nunca llegará a nada».

Era incapaz de entender lo que el profesor explicaba en la pizarra. Nada en absoluto:

«¿Lo ves? No se entera... La consientes demasiado, Raymond. Tienes que ser más duro».

De pronto, comenzó a ver borroso y el estómago le dio un vuelco. Sintió la necesidad de vomitar, pero quiso aguantar sin levantarse, por si se le pasaba.

Unos sudores fríos rezumaban por sus poros y se mareó.

No quería ser el centro de atención y aguantó todo lo que pudo.

«Compórtate, Casandra».

El profesor seguía con sus explicaciones con un tono de voz monótono y soporífero.

Pero llegó la primera arcada fuerte. La chica recogió sus cosas y se levantó para salir del aula. A pesar de apresurarse, con la segunda náusea, el desayuno salió disparado contra la puerta del aula sin llegar a tiempo para abrirla.

La clase entera comenzó a murmurar y ella oía las voces en el interior de su cabeza.

«Es cierto, está embarazada».

—Avisa a conserjería para que vengan a limpiar esto, anda —le ordenó el profesor—. ¡Se suspende la clase por mal olor!

Todos la miraban con muecas de repugnancia y Casandra salió corriendo.

«Dejarla, total, ya no la pueden preñar otra vez», dijo su madre en su cabeza.

Capítulo 4

1

Raymond paseaba por el parque del campus. Había pasado un par de horas desde que había anochecido, pero los edificios de las Facultades todavía tenían las luces encendidas. En las aulas, se impartían las últimas clases del día y a través de algunas ventanas se podía ver a los profesores escribiendo en la pizarra.

Sabía camuflarse entre las sombras para pasar desapercibido. La temperatura había bajado a esa hora y quedaban pocas personas por los alrededores. Se quitó los guantes, sacó la ficha que había impreso y la acercó a la luz de una farola para volver a estudiar la foto de Christian en blanco y negro.

Extendió la mirada por todo el parque una vez más y vio que una pandilla de cuatro chicos se reunía en un extremo, lejos de las luces.

Caminó hacia allí.

Se reían a carcajadas chocando sus manos y puños. Después liaron sus cigarros y los prendieron inhalando las primeras caladas con satisfacción, hablando entre ellos durante un rato.

Raymond se agachó tras unos arbustos, todavía lejos y después se arrastró entre la hierba y las sombras en dirección al banco de los chicos. Se acercó todo lo que pudo hasta ocultarse detrás de un tronco.

Desde su escondite, alejado del ruido de los coches en las calles, escuchó la conversación.

—¿Pero está embarazada de verdad?

—Eso dice...

—¿La dejaste preñada, mamón?

—No sé, tío. Puede... Ya sabes, a veces se me va la pinza... y ella es una calentorra de cuidado.

Los chicos se reían dándose palmadas unos a otros.

Raymond asomó la cabeza.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Comprarle unos patucos?

El cachondeo seguía.

—Paso de ella, tíos. Ya la mandé a tomar por culo. No pienso hacerme cargo.

—Te daré un consejo, Christian. Pírate de esta ciudad.

—¿Pirarme? No, aquí estoy bien, con mi vieja y mi hermana...

—Tu vieja ya no tiene remedio, tío. Y tu hermana se buscará la vida. ¿Qué quieres hacer aquí? ¿Sacarte la carrera?

—Ni de coña, paso de estudiar...

—Vete, o esa guarra te hará la vida imposible. Podría hablar con algún colega para que te buscara algún curro mejor en la organización, lejos de aquí. Ya va siendo hora de que des un salto en el negocio, ¿no crees?

Christian dio dos o tres caladas apresuradas, y arrojó la colilla al suelo.

—Mira, el alijo de esta noche es importante —dijo el otro, agarrándolo por la nuca y juntando su frente contra la suya—. Si lo mueves sin contratiempos donde te dije, te habrás ganado un ascenso. No me falles.

—No te fallaré...

—Hazme caso, vete de esta ciudad o acabarás comiendo con los suegros dentro de un par de domingos.

Todos se rieron.

—Nos vemos esta madrugada, a las cuatro en el Cementerio Eternal Hill.

—¡Ah! Y no vengas drogado. Deberías dejar esa mierda cuanto antes.

Raymond aprovechó la despedida para retroceder entre las sombras. No necesitaba más pruebas pero quería comprobar que el chico era él. Tal y como lo habían instruido y con todas las misiones secretas que acumulaba en su historial, siempre había que contrastar las pruebas antes de eliminar al sujeto.

Christian se alejó de los otros y él dio un rodeo. Apuró el paso hasta quedar cerca de una bifurcación por donde el chico pasaría en unos segundos.

Cuando lo vio acercarse, no pudo distinguir su cara en la noche.

—¡Eh, chaval!

Christian retrocedió sorprendido y acabó debajo de un farol que le iluminó el rostro.

—¿Quién coño es usted?

«Es él».

—¡Apártate de mi camino, maldito viejo!

«Un maleducado».

Christian reanudó sus pasos y pasó rozándolo.

—Anormal, te hago papilla con una sola mano, hijoputa...

«Engreído y fanfarrón».

El chico se alejó adentrándose en la oscuridad. Raymond se quitó los guantes, abrió la cazadora y acarició el arma.

No era el momento.

Después se fue.

2

Cuando Raymond llegó a casa, su mujer lo esperaba sentada en la mesa de la cocina con los platos puestos, viendo la tele.

—¿Y la niña?

—En su cuarto. No quiere cenar.

Se quitó el abrigo y Victoria se incorporó para acompañarlo al dormitorio, pero él le hizo un gesto para que no se levantara. Después se dirigió al cuarto de Casandra y llamó a la puerta. No respondió y abrió.

Casandra estaba en la cama.

Su cuarto estaba descuidado. Ropa sin doblar encima de la silla y del escritorio, zapatillas tiradas en la alfombra... Seguro que esa tarde habían discutido por ese desorden.

Su padre se acercó y le acarició el cabello. Ella se despertó, abrazándose a él. Lloraron juntos sin decirse una sola palabra y cuando la hubo besado en la frente un millón de veces, habló

bajando la voz.

—Ese chico... ¿Es bueno contigo?

Cassandra asintió limpiándose las lágrimas con la sábana.

—¿Es de fiar?

—Sí, papá... es un poco rebelde, pero cambiará.

—Ya...

—Está estudiando derecho, es una carrera importante... Será una persona de bien y formaremos una familia...

—¿Se lo has dicho?

Ella acarició la solapa de la chaqueta de su padre y asintió.

—¿Y cómo se lo tomó?

—Bueno... al principio se quedó impresionado... Pero después, bien.

—¿Se hará responsable de lo que viene?

—Sí, papá... Yo me encargaré.

Le limpió las mejillas y ella sonrió aliviada.

—No quieres cenar...

—No quiero ver a mamá...

Raymond la besó de nuevo en la frente y la arropó para que descansara.

Cuando iba a salir del dormitorio, hizo una última pregunta.

—¿Le quieres?

—Con locura...

Raymond cerró los ojos aguantando un nudo en la garganta, y se fue.

Capítulo 5

1

Victoria, sobre la cama, extendía en sus piernas una crema hidratante mientras Raymond se abrochaba el pijama para meterse entre las sábanas. Se habían hablado lo justo para ponerse al día durante la cena, con cuidado por si Casandra los oía.

Luego, con la luz apagada, hablaron.

Victoria, experta conocedora del daño interno que tenía su marido por el sufrimiento de su hija, le acarició el cabello.

—Esta noche tengo que salir —dijo él.

—¿Por qué?

—Ese chico... se citó con el resto de su pandilla esta madrugada para recibir un alijo en el cementerio.

—Ten cuidado...

—Sí, como siempre. Pero es la única manera que tengo de salir de dudas. Si el chico está haciendo un papel con los pandilleros o si quiere realmente a Casandra.

—Aunque sea un papel, no tiene futuro con ella. Un canalla no es bueno para la niña.

—No lo es...

—Haz lo que veas cariño... pero ese chico tiene que desaparecer de su vida.

Raymond suspiró y se concentró en las caricias de su mujer. Siempre conseguía calmarlo de esa manera, después de un duro día de trabajo y estrés.

—Casandra está loca por él. Me lo dijo antes.

—Eso no es bueno para su futuro ni el del bebé. Debe quitárselo de la cabeza cuanto antes. No permitiremos que una persona de esa calaña pertenezca a la familia.

—Tenemos que cuidar de ella, Victoria.

—¡Eh! Lo haremos Raymond, no lo dudes. Y protegeremos el futuro de ese bebé a toda costa.

—Sí...

Raymond se relajó completamente. Estaba a merced de ella.

—¿Qué harás esta noche si lo ves?

—No lo sé. Buscaré ayuda mañana para que lo detengan.

—¿Crees que esa es la solución? Ese chico ya sería arrestado otras veces...

—Sí, seguramente lo dejarán en libertad muy pronto.

—Y volverá a las andadas. Y Casandra lo seguirá hasta el fin del mundo. Vete a saber cómo puede acabar ella...

—No, eso no ocurrirá.

Ella se acercó a su oído.

—No, si lo haces esta noche.

—Victoria...

—Lo has hecho otras veces.
—Esas veces seguía órdenes. Ahora no tendría el respaldo de nadie si me descubren.
—Vamos, cariño... Sabes cómo hacerlo, tienes todos los medios.
—No sé, Victoria...
Ella lo besó en la mejilla y él se apartó.
—Tenías que haber oído cómo hablaba sobre la niña...
—No me hace falta, amor mío...
—Los hubiera machacado a todos...
—Shhhh... Solo tienes que encargarte de uno.
—Sí... No es merecedor.

2

Esa noche apenas durmió un par de horas. Abrió los ojos y vio la luz del pasillo encendida. Victoria no estaba en la cama. Se incorporó, aturdido, y vio la puerta del armario abierta, la sección de su ropa militar de aguas estaba a la vista, perfectamente doblada y ordenada en su estantería.

Victoria regresó al dormitorio.

—Tienes café caliente en la cocina.

—¿Y la niña?

—Dormida.

Raymond salió de la cama y se vistió como un autómatas. Victoria le suministraba las prendas por orden estricto. Camiseta térmica, calcetines de montaña y pantalones impermeables.

—En el vestíbulo tienes la chaqueta, el abrigo y las botas.

Mientras le servía el café humeante, el hombre entró en la biblioteca donde le gustaba leer los domingos.

Afuera, el viento soplaba con intensidad. En el telediario habían anunciado alta probabilidad de lluvias para esa misma madrugada.

Raymond entró en la cocina minutos después. Llevaba los correaes de cuero y en sus fundas, dos pistolas automáticas. En el cinturón, dos cargadores.

A pesar de sus años, Raymond todavía conservaba una buena forma. La espalda recta y los hombros anchos, con la ropa ceñida y los cinturones ajustados repletos de armas, a Victoria siempre le habían parecido muy atractivo.

Le alargó la taza de café y lo besó en la boca. Él no correspondió al beso, la miraba ausente. Después bebió apoyado en la encimera y Victoria se estrechó contra él. Su marido dejó el café sobre la mesa y se abrazaron por última vez.

Volvió al dormitorio de Casandra y la observó desde la puerta. Sus ojos se acostumbraron a la leve penumbra y contempló su cuerpo tendido. Siempre le había gustado verla respirar, tranquila y en paz, lejos de los problemas y las adversidades de la vida. Cuando era niña, se sentaba a su lado y pasaba horas imaginándola de adulta, queriéndose entre ellos y bromeando con mucha complicidad, como un equipo. Ella le contaría sus secretos y él la aconsejaría. Ella formaría una familia junto a un buen hombre, que encajaría con su filosofía de vida, y él adoraría a los nietos que vendrían.

Victoria lo sacó de sus pensamientos con una mano sobre su hombro. Cerró la puerta con

cuidado, y después de coger las llaves del coche del bol del recibidor, los dos accedieron al garaje por la puerta trasera, en el lado opuesto de la casa.

Raymond cogió una funda de plástico que guardaba en una estantería alta y abrió el maletero. Estaba vacío.

Casi vacío.

—Toma, este paraguas es de Casandra.

Después extendió el plástico por todo el habitáculo hasta que este quedó perfectamente cubierto y forrado.

Activó el mecanismo de apertura automática del garaje y este se abrió, silencioso. Dejó el vehículo en punto muerto y le dio la señal a su esposa. Victoria empujó desde el morro y el coche se deslizó lentamente hacia atrás, por la pequeña pendiente hasta la carretera principal.

Luego Raymond encendió el motor y se perdió en la noche oscura.

Capítulo 6

1

Conocía bien aquel enorme cementerio. Allí había dado sepultura a sus padres, que nunca se habían enterado de su rango en el ejército. Creían que pertenecía a alguna unidad importante del cuerpo, moviendo papeles entre los jefes, tomando decisiones importantes, pero nunca imaginaron que las ausencias con su familia eran debidas a las misiones secretas para la lucha contra células terroristas.

En ellas, su objetivo era debilitar la captación y el adoctrinamiento del extremismo con violencia. Había eliminado a hombres y mujeres de todas las edades. Algunos, en esa misma ciudad. Se había deshecho de sus cuerpos con un protocolo consentido, sin dejar rastro.

Esas personas, simplemente, desaparecían.

Fue su vida hasta que alcanzó la madurez física y mental. Después, lo habían relegado a un despacho con un cargo de rango medio, donde siguió sintiéndose útil para la formación de futuros soldados entre los cuales seleccionaría a unos pocos, para enviarlos a la siguiente formación de alto rendimiento, como habían hecho con él veinticinco años atrás.

El cementerio, apartado de la gran urbe, estaba rodeado por un bosque de abetos y tejos. Raymond aparcó el coche escondiéndolo en una pista, a medio kilómetro del campo santo.

Después, caminó entre la maleza del monte con una pequeña linterna, con cuidado de no desorientarse. El ambiente era húmedo y el viento soplaba frío agitando la copa de los árboles.

Sus botas aplastaban la espesura, pero tenía cuidado de rodear las zonas con más arbustos para dejar el menor rastro posible. Caminaba en zigzag para no establecer un sendero en línea recta y, cuando llegó a lo alto de la colina, tuvo una vista perfecta del camposanto. Desde allí divisó el aparcamiento por el que llegarían los delincuentes, y vería qué dirección tomaban entre las tumbas para reunirse con Christian. Después, se movería entre las lápidas y los panteones, pasando desapercibido.

Eran las dos y cuarto. Se acomodó entre la hierba mojada, pero no sintió la humedad por su ropa impermeable.

Miró hacia las tumbas de sus padres y rezó por ellos.

Cuando estacionó el primer vehículo, había pasado hora y media. Tres personas bajaron y sacaron una caja del maletero, dirigiéndose hacia el interior del cementerio.

Comenzaba a lloviznar.

2

Raymond se movió rápido entre las tinieblas y descendió antes de que llegara Christian. Los matones se habían guarecido de la lluvia entre las filas de panteones, aprovechando un saliente

que se extendía por encima. Le resultó fácil esconderse cerca, entre otras tumbas colindantes.

El lugar intimidaba. Escuchó murmullos pero solo alguna frase suelta que no pudo entender. Pocas palabras, como si tuvieran respeto a los muertos de su alrededor.

A la hora en punto, se oyeron unos pasos por el camino de grava.

Era él.

Christian caminaba desorientado entre las lápidas. Se había puesto el gorro de la capucha para no mojarse, pero su rostro, atento a cualquier señal, se empapaba con las gotas llevadas por el viento.

Raymond avanzó un par de pasillos hacia ellos.

Uno de los pandilleros silbó y orientó al muchacho. Otro le hizo un destello con una linterna.

—¡Guau! Este lugar impresiona, ¿eh? —dijo acercándose.

—¿En qué has venido? —preguntó un hombre de voz grave.

—En moto, pero la he dejado entre unos matorrales a un kilómetro de aquí... De todas formas, no vive nadie cerca y, con esta noche y a estas horas... —miró hacia el cielo.

Le mostraron la caja. Su cargamento.

—¡Es una buena cantidad!

—Para que la distribuyas por la ciudad. No te salgas de tus puntos habituales. Esta mierda está muy bien elaborada. Es la mejor con la que hemos traficado.

—¿En serio? ¿Puedo probarla?

—Christian, ¿qué te dije esta tarde?

Raymond reconoció esa voz.

—Ya, tío... Tengo que dejarlo, pero si es tan buena, es una pena no probarla.

—Un pollo, sesenta dólares —dijo el de la voz profunda.

—¿Sesenta? ¿Tengo que venderla a ese precio?

—Eso es...

—¿Y no me haces descuento, tío? ¡Vamos, soy tu distribuidor!

—¡Christian! Límitate a vender la carga. No me falles —dijo su colega.

—¿Este tío es de fiar?

—¡Claro que soy de fiar! ¿Por quién me has tomado?

Los hombres echaron a andar bajo la lluvia, pero el amigo regresó donde el chico.

—¡Christian! Tío... Vamos, no me falles. Si haces este trabajo bien, pronto podrás hacer otros con los que vivirás a cuerpo de rey.

—No te fallaré...

—Bien... Ahora vete a casa y mañana empieza a mover esa mierda, ¿de acuerdo?

—Vale.

—¡Y no te drogues más!

Se alejaron, pero Christian miraba el paquete.

Raymond se movió por los pasillos entre las tumbas hasta acercarse. Christian se guarecía bajo el alero de un panteón dejando pasar un tiempo prudencial antes de irse.

El motor del coche se encendió a lo lejos, y después oyó como se alejaba.

—Es de fiar... Es de fiar... —murmuraba.

La poca luz que llegaba desde uno de los faroles lejanos, fue suficiente para Raymond distinguir los movimientos del chico paseando alrededor del paquete en el suelo.

—Sesenta dólares... ¡Sesenta hostias que te voy a meter, payaso! Verás cuando esté por encima de ti. Haré que me beses el culo.

Raymond se acomodó en cuclillas, al fondo, imposible de ver en la oscuridad. Christian

también se agachó y acarició la caja.

Se quedó mirándola durante un tiempo.

«¿Qué le pasa? ¿Por qué no hace nada?».

Después de un rato inmóvil, como si se hubiera detenido el tiempo, volvió en sí.

—Así que, la mejor con la que hemos traficado, ¿eh?

Sacó algo de un bolsillo.

Una navaja.

Y pinchó el cartón.

—No te drogues más... Otro payaso que tendrá que lamerme el culo.

Raymond cogió el silenciador de su cinturón. Después una pistola.

Christian olía una de aquellas dosis.

—Ya eres mía... Ahora, probemos cuánto eres de buena.

Abrió una de las bolsitas.

Después, se arrodilló.

—Muy bien, cariño mío. Hagámoslo... Nadie se va a enterar.

Comenzó a llover con más intensidad.

Christian se agachó y esnifó.

Raymond, acopló el silenciador.

—¡Oh! ¡Qué bueno!

El muchacho se agachó de nuevo y aprovechó su dosis ahogando un jadeo de placer.

Raymond se incorporó y salió corriendo hacia él.

Christian ni lo vio llegar.

Una patada en las costillas derribó al muchacho, que rodó hasta el césped, a merced de la lluvia. Raymond se tiró sobre él, inmovilizándolo con sus rodillas y el peso de su cuerpo y le apuntó, cara a cara.

—¿Quién coño eres?

—El maldito viejo anormal e hijoputa del parque, ¿te acuerdas?

—Eres...

—El padre de Casandra.

Después puso la boca del silenciador en el sobaco de Christian.

El sonido del disparo fue un susurro, apenas un murmullo en el silencio de la noche. La bala entró por el lateral atravesándole el corazón sin salir del cuerpo, tal y como había previsto, sin apenas perder sangre por el agujero que taponó enseguida.

En menos de un minuto, cargaba con su cuerpo, monte arriba.

Caminaba titubeando, vigilando cada paso, con el cuerpo a hombros entre el barro. Tal y como le habían enseñado, marcaba objetivos para combatir el dolor. Primero hasta aquel árbol, después hasta el siguiente. Pero a mitad de camino sus piernas flaquearon y arrojó el cuerpo al suelo.

Raymond no quería pensar, solo cumplir su misión: llegar al coche, meter el cuerpo en el maletero y regresar a por la caja.

A su mente llegó la imagen de un beso de Casandra y después, un cálido abrazo. Miró al

cielo para que la lluvia lo sacara de aquel sentimiento y se recompuso. Echó al muerto a su espalda y continuó la marcha.

A partir de ahí hizo descansos más a menudo. Procuraba no arrastrar el cuerpo para no dejar huellas sospechosas. A pesar de que la lluvia borraría casi todo y que las posibilidades de investigación eran remotas, siempre optaba por la prudencia en esos casos. Los hombres que se reunieron con Christian aquella noche, jamás contarían que habían estado allí.

Llovía torrencialmente cuando vio el bulto negro del coche. Abrió el maletero automático y fue muy cuidadoso al introducir el cuerpo, con cuidado de no dejar ninguna huella en la pintura.

Christian cayó frío y desmadejado sobre el plástico.

Raymond permaneció un rato fuera, esperando a que la lluvia limpiara las huellas de su chubasquero militar. El terreno de la salida hacia la carretera ahora era blando, y las huellas de los neumáticos quedarían allí.

Con las luces apagadas arrancó y avanzó muy despacio, para no patinar, hasta el asfalto de la pista. Después regresó y, con la linterna encendida, pisoteó la hierba en las rodadas del coche.

Conduciría de vuelta al cementerio para recuperar la caja, pero no quería sorpresas ni visitas de alguno de sus amigos si volvían por allí a curiosear. La carreterucha donde se encontraba era segura, no pasaría nadie por allí a esas horas, aunque sí a lo largo de los próximos días algún agente forestal patrullando, como mucho.

Tuvo tiempo de pensar en la gravedad de lo que había hecho, pero su corazón se había endurecido con el paso de los años. Ya no contemplaba a la familia del asesinado. Las misiones lo habían insensibilizado y esa capacidad solo se rompía cuando se trataba de Casandra.

Por ella era capaz de llorar, de sufrir... y de matar.

Arrancó de nuevo y condujo hasta el aparcamiento. Una vez allí caminó cansado a través del camposanto y llegó hasta la caja con la droga. Encendió la linterna para comprobar si había sangre donde había disparado al chico. Se arrodilló y limpió las hierbas con sus manos a pesar de que no veía rastro alguno.

De pronto, oyó unos pasos por la gravilla. Raymond sabía por experiencia propia, que mantenerse quieto cuando te abordan por la espalda es la mejor estrategia para ganar unos valiosos segundos, y él ya tenía la mano sobre el arma.

Los pasos se acercaban, lentos. Calculó la ubicación exacta de donde se encontraba su adversario.

Hizo un movimiento rápido girando sobre sí mismo en la hierba y disparó al bulto que vio en el sendero.

Un ladrido fuerte y un chillido agonizante.

Se incorporó y miró a los ojos del animal.

—Lo siento, chico. No has tenido suerte esta noche.

Un disparo más preciso acabó con su vida. Después, lo llevó al maletero junto al muchacho y el cargamento de cocaína.

Capítulo 7

1

La lluvia había amainado y Raymond apenas utilizaba los limpiaparabrisas cuando llegó a casa. El garaje estaba abierto y dejó ir el coche con el impulso que traía pendiente arriba y lo aparcó en silencio. Victoria apareció de inmediato y accionó el interruptor que cerraba el garaje.

—Todo bien... —dijo él, agotado.

—No queda mucho para que Casandra despierte. Date una ducha de agua fría, no puedes estar con esa cara el resto del día. Nos desharemos del cuerpo en cuanto se vaya.

Raymond se quitó el chubasquero, las armas, las botas y las llaves. Victoria se ocuparía de todo eso. De camino al baño pasó por delante de la puerta del dormitorio de su hija. Se detuvo y la acarició, como si quisiera suplicar perdón.

Victoria lo empujó para que se apresurara. En el baño, accionó el agua caliente y dejó que resbalara por su piel. Apoyó las manos contra la pared y recordó la cara del chaval cuando apretó el gatillo.

En su cabeza resonó el clic, silencioso en el camposanto, atronador bajo la ducha.

Se tomó su tiempo, siempre lo necesitaba después de matar a alguien. Ahora más, pues ese estado de ánimo debía pasar desapercibido ante sus compañeros de trabajo. Accionó el mando de la temperatura y paulatinamente fue enfriando el agua hasta que le resultó insoportable.

2

Se encontraron en el pasillo.

—Buenos días, papá... —y Casandra lo besó en la mejilla en dirección al baño—. Hueles bien.

Victoria tenía el café recién preparado y un par de tostadas sobre la mesa. Ella resplandecía de alivio, orgullosa de su marido. Sin embargo, la mirada de Raymond era triste.

—Ha dejado de llover... Casandra podrá ir andando hasta la parada del autobús —dijo ella, entregándole su taza.

En las noticias de la televisión, no había nada trascendente.

En el día de ayer, la cantante Britney Spears recibió su estrella en el Paseo de la Fama de Hollywood. Con solo veintiún años se ha convertido en la artista más joven en recibir este reconocimiento.

Casandra entró en la cocina en ese momento.

—Hija, ¿esa no es la cantante que tanto te gusta?

—Sí, mírala qué mona.

—¿Mona? Pero mira qué vaqueros lleva.

—¿Qué les pasa, mamá? Ahora se llevan así.

—Esa chica no llegará lejos...

—¿Pero has visto su chaqueta rosa? Va a juego con la estrella que le han dado...

—Acabará mal...

Casandra prefirió pasar de los comentarios de su madre y atacó otra tostada.

—Papá, ¿vas a trabajar tan temprano? ¿Puedes llevarme al campus?

—Tu padre no ha pasado buena noche, hija —se apresuró Victoria—. No llueve, puedes ir andando hasta tu parada.

La chica miró a su padre, que como en muchas ocasiones, solo se limitaba a ver el espectáculo que madre e hija le brindaban cuando estaban juntas.

—¿Qué te pasa?

—Nada, el estrés del trabajo... Hay épocas con demasiada presión.

—Vaya... Tal vez si me llevaras, te quitarías esa angustia de encima.

—¡Que no, Casandra! ¡Que te vas caminando, que te hará bien tomar el aire! —ordenó su madre.

La chica guiñó un ojo a su padre y cogió las llaves del coche en el bol. Las tiró al aire y las recogió al vuelo.

—Voy a por mi paraguas.

3

Victoria miró a su marido unas décimas de segundo.

«¿Tan lista eres y dejas las llaves donde siempre?», pensó Raymond, alarmado.

Ella salió corriendo detrás de su hija.

—¡Casandra! —gritó cuando llegó al garaje—. ¿Qué haces?

—Coger mi paraguas, mamá. Está en el maletero.

La chica había apoyado la mano en el capó para pasar por el estrecho hueco que quedaba hasta la pared, y se la sacudió para secarse el agua.

—Está mojado...

—Tu paraguas está en su sitio, en el porche.

—¿Pero por qué está mojado? —y presionó el botón del mando que desbloqueó el cierre de las puertas.

—¿Me estás escuchando? ¡Tu paraguas no está ahí!

Casandra la miró, extrañada, poniendo la mano sobre el portón para abrirlo manualmente.

—¿Segura?

—¡Siempre dejas tus cosas por todas partes! Lo puse yo en su sitio mientras dormitabas a la hora de la cena.

Raymond se asomó, con la toalla anudada a su cintura. Casandra lo vio, y le hizo gracia.

—Haz caso a tu madre...

—Vale, está bien... —dijo la chica regresando por donde había pasado y mojándose de nuevo la mano— pero no entiendo por qué no puedes llevarme.

—¡Yo te llevaré! —dijo Victoria—. ¿Ya estás contenta?

—Sí, mucho —y sonriendo devolvió las llaves a su padre.

Capítulo 8

1

De camino a la Facultad, Victoria lanzaba miradas de reojo al maldito paraguas de Casandra que a punto estuvo de arruinar a la familia. Preocupada, circulaba más rápido de lo normal porque Raymond se había quedado solo para deshacerse del cuerpo.

—¿Por qué estaba mojado el coche de papá?

—Porque tuvo que salir...

—¿Adónde?

—Lo llamaron del trabajo.

—¿De noche?

—De madrugada...

—¿Pero por qué?

—¡Casandra! Son cosas de tu padre... A veces, pasa...

—¿A veces? No recuerdo que haya pasado nunca, excepto cuando iba a una misión, pero entonces ni estaba en casa.

—Pues a veces pasa, hija. Cuando duermes como un tronco y no te enteras.

Victoria frenó bruscamente para ceder el paso a una chica en un cruce que asomó de imprevisto detrás de un vehículo estacionado en el arcén.

Casandra le hubiera recriminado el frenazo en otras circunstancias, y habría aprovechado para prender una nueva discusión, pero el embarazo ocupaba sus pensamientos.

Se cuestionaba a qué iba a la Facultad. Sabía que no sería capaz de acabar la carrera, y menos con un bebé al que no sabía cuidar. Necesitaría la ayuda de su madre, a pesar de que se metería con ella cada día de su vida por el paquete recibido.

Solo quería ir a la Facultad por un motivo. No iría a clase alguna. Quería ver a Christian.

2

Aquella tarde, Casandra se encerró en su cuarto. Hacía como que estudiaba. No quería salir de su habitación hasta que llegara su padre. Evitó cualquier cruce de palabras con su madre, sin estar Raymond presente. Con él se sentía protegida.

Llevaba un par de horas delante de la misma página de sus apuntes. Afuera no quedaba nada de la lluvia y ahora el sol resplandecía y calentaba las calles del otoño secando las hojas muertas.

Mientras miraba los arbustos de las fincas abandonadas de enfrente, pensaba en Christian. Se preguntaba dónde andaría. Si lo vería al día siguiente, o al siguiente. De no ser así, se encontrarían el sábado, en el local de siempre con sus viejos amigos. Sabía que a ellos no les fallaría.

Era normal que estuviera unos días sin aparecer, la noticia de su embarazo lo había espantado, pero ella confiaba en que tenía buen corazón. Lo había comprobado cuando se quedaba abrazada a él, alguna noche después de un sexo salvaje.

Volvería a verlo, lo haría cambiar de opinión, y lo harían de nuevo si él quería.

Al principio no oyó la moto que se acercaba, pero en cuanto subió por el bordillo de la acera reconoció el rostro de la hermana de Christian bajo el casco abierto. La primera reacción fue de vergüenza. ¿Qué hacía allí en su casa?

La muchacha tenía el cabello enmarañado y sucio y sus clásicos shorts vaqueros que dejaban sus piernas tatuadas al desnudo. Los piercings en las orejas, en las cejas y en la nariz le daban una apariencia salvaje y tribal.

«No, no, no... no llames al timbre... ¿A qué vienes con esas pintas?»

A Casandra le invadió el pánico. ¿Le habría ocurrido algo a su chico?

El timbre sonó y se quedó escuchando, arrimada a la puerta, pero el latido de su corazón le impedía concentrarse y sólo oía bien a su madre.

—...

—¿Y tú quién eres?

—... Berta, la herma...

—¿Su chico?...

—...

—Tiene exámenes, ¿sabes qué son?

Casandra, escandalizada, rezaba para que su madre no montara un número. No quería empeorarlo con Christian. Pero dudaba si salir de su cuarto o quedarse.

—Solo... momento.

—No vas a hablar con ella, dime qué quieres y yo se lo diré.

—Pregúntele... de Christian. No sé nada... ayer.

—Muy bien, ya se lo diré.

—Por favor, señora... Estoy preocupada.

Y Victoria explotó.

—¡Fuera de aquí! ¡No quiero volver a verte! —saliendo hacia el porche—. ¡Dile a tu hermano que se aleje de Casandra o le meteré una denuncia por el juzgado!

Casandra corrió a verla detrás de la cortina.

La chica reculó y a punto estuvo de caerse al engancharse una chancleta. Encendió la moto y se fue con el casco en la muñeca y abriendo gas de manera ruidosa.

—¡Asquerosa drogadicta! —gritó Victoria que ya miraba hacia el cuarto de Casandra.

Su expresión furiosa no dejó lugar a dudas sobre la opinión que tenía de su chico. Casandra retrocedió y la cortina se movió a los ojos de su madre.

«Cambiará», se prometió, a punto de llorar.

Esperó a que su madre entrara en casa y se preparó para una discusión de categoría. Pero Victoria hizo algo que le dolió todavía más: zanjó el asunto sin hablar con ella. Siguió con sus cosas en la cocina, dejando claras sus reglas. Máxima protección, pero siempre lejos de aquella calaña. Esas serían sus condiciones para ayudarla con la vida que surgía en su interior.

Casandra acarició su vientre, todavía plano y lloró desconsoladamente.

Capítulo 9

Tres días después, la familia intentaba recuperar la estabilidad emocional pasando el fin de semana juntos. Casandra estaba muy desanimada, pero su padre la obligó a participar en las tareas de un asado en el jardín trasero.

—¡Vamos, Casandra! Ve a por los cubiertos y pon el mantel sobre la mesa —ordenaba su madre.

—¿Pero vamos a comer en el jardín? Va a volar todo con este viento.

—No le lles la contraria a tu madre, hija.

—¿Es que siempre hay que hacer lo que ella dice?

—Siempre. —Y la señaló con un dedo, riéndose.

Ella le correspondió. Por fin había conseguido sacarle una sonrisa a su hija, ausente en los últimos días.

En ese momento una patrulla de la policía estacionó en la acera.

Victoria miró a su marido.

—Yo me ocupo —dijo secándose las manos.

Raymond bordeó el lateral de la casa para salir al encuentro de la policía. Un hombre con la camisa del uniforme por fuera del pantalón, medio desabrochada y con una mancha de café reciente, salía del vehículo.

—Buenos días, agente. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenos días, coronel —dijo enseñándole la placa, aunque Raymond rehuyó su comprobación con un gesto—. Siento molestarle, ¿puedo hablar un momento con su hija?

—Claro, ¿ha ocurrido algo?

—Sí... —dijo esperando a que lo invitara a entrar.

—¿Qué ha pasado?

—Hemos recibido una denuncia de desaparición de un chico que es reincidente en nuestros expedientes. La hermana se empeña en que hablemos con su hija, al parecer estaban liados.

—¿Liados?

—Bueno, ya me entiende, coronel... los chicos de hoy día...

—No puede ser... Mi hija tiene unos valores desde niña que...

El agente lo miró resignado. Él solo quería hacer unas preguntas e irse cuanto antes.

—Lo sé... Esto es un poco desagradable, pero tengo que hacer mi trabajo.

—Venga por aquí, estamos haciendo un asado. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias. Se lo agradezco.

—¡Casandra!... Este señor quiere hacerte unas preguntas, y yo también...

—Cariño, ¿qué ocurre? —preguntó Victoria con su mejor cara de extrañeza.

—Nada, vigíleme el asado, por favor.

La expresión de Casandra era una mezcla entre sorpresa y preocupación.

—Este señor dice que te estás viendo con un chico que tiene antecedentes, ¿cómo se llama el chico, agente?

—Christian Harbour...

—¿Qué tienes que ver con ese Christian?

Casandra, sorprendida, no sabía qué decir.

—Verá, coronel, si no le importa... Las preguntas debo hacerlas yo.

—Por supuesto... adelante —dijo cruzando los brazos.

El agente era tan flojo como delataba su camisa. Se limitó a informar a Casandra de la desaparición de Christian, que tenía antecedentes de tráfico y consumo de drogas, y a preguntarle cuándo lo vio por última vez.

—No sabía nada de eso... ¿Cómo podría imaginarlo? ¿Lo van a encontrar?

—Seguramente... más adelante. Al parecer estaba metido en una banda de narcotráfico. Es casi seguro que se haya ido a otra ciudad, o a otro país, huyendo de algún ajuste de cuentas... No se pierde nada.

El agente se fue con el trabajo cumplido y Raymond lo acompañó hasta el coche.

—Siento que se haya enterado de lo de su hija de esta manera. No le de importancia, la chiquilla está desorientada... Es normal a su edad.

—Gracias, agente. Ahora hablaré con ella. Manténgame informado si sabe algo.

—Por supuesto, que pase un buen día y buen provecho.

Raymond regresó con su familia y Casandra lo abrazó.

—¿Lo habrán matado?

—Tranquilízate hija, si fuera así, se sabrá...

Victoria se acercó a ellos con la pinza de la barbacoa en las manos.

—Hija, olvídate de ese energúmeno. Se habrá largado como un cobarde. Céntrate en tu familia, que sacaremos adelante ese bebé a pesar de lo que dirán por ahí.

Casandra se echó a llorar y corrió hacia el interior de la casa. Él miró a su mujer con frialdad.

—Tiene que hacerse dura, Raymond. La has consentido demasiado...

—Necesita tiempo para asimilar lo que se le viene encima...

—¿Qué sabe la policía? ¿Sospechan algo?

—No habrá ningún problema.

Caminaron juntos y sirvieron la mesa.

—Ve a buscarla —ordenó Victoria.

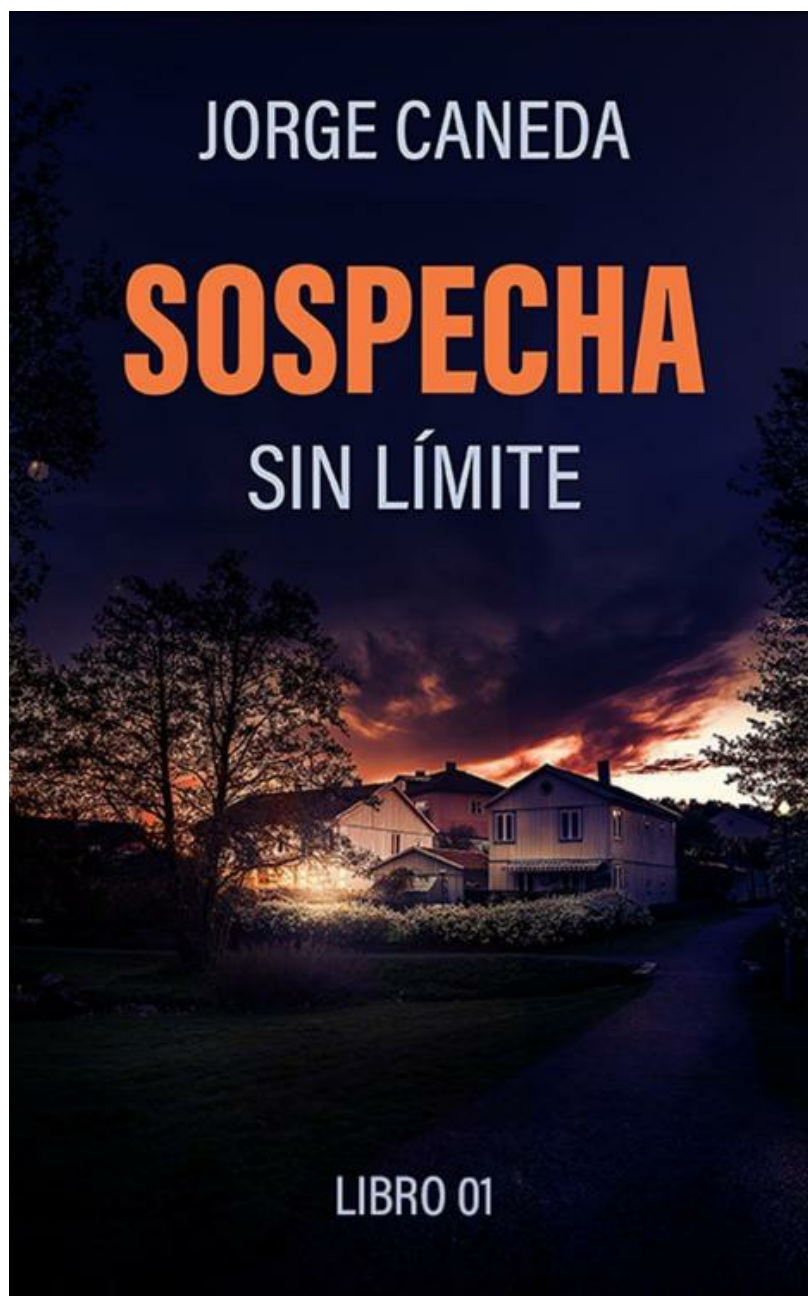
Raymond miró hacia el interior de la casa y suspiró.

—Si alguna vez me ocurriera algo... O descubriera ese lugar... No le ocultes nuestro secreto.

Cuando empezó a caminar para ir a consolar a su hija, Victoria se desentendió.

—De eso tendrás que ocuparte tú.

No te pierdas



El libro 1 de la Saga
[Cómpralo ahora](#)

Casandra lleva años intentando reconducir su vida, sosteniendo una delicada relación con su madre Victoria que la cuestiona a cada momento.

¿Qué madre no haría lo que fuera por su hijo?

Su nueva pareja le ofrece un trabajo en la empresa multinacional que está a punto de lanzar un producto que especulará con el dinero de inversores a los que promete gigantescas rentabilidades.

Pero el destino hace que Ethan, su hijo adolescente, junto a su compañera Silvia, se involucren en algo que les superará y será la fuente de todos los problemas.

Hasta que Victoria Hudson tome las riendas del destino de su hija, de su nieto, y de los asesinos.

En este frenético thriller de suspense, Victoria dirigirá a su familia entre sinuosos caminos para esquivar a la mafia donde no habrá compasión para los sospechosos.

[Comprar](#)

Nota del Autor

Los escritores necesitamos ayuda para crear y completar nuestras historias. El que diga que no, no es escritor.

El nombre de los personajes es algo que hay que cuidar y buscar uno acorde con la ambientación, la época, el estilo,... No tuve problema con los de esta historia, ni con los de la siguiente, a excepción de uno.

Por su personalidad, su carácter, su influencia...

Ningún nombre me convencía y empecé a escribir la novela llamándole de manera provisional, Malvina.

Después pedí ayuda a mis suscriptores, los que pertenecen a mi lista de correo que se dieron de alta gratis a través de mi web. Ellos me dieron el nombre que encajó con lo que buscaba.

Recibí cientos de correos con propuestas, pero solo tres mencionaron el nombre perfecto. Así que, gracias a todos los que me escribieron, en especial a Marge Heinala, Eva Tello y Raquel Lucas, que fueron las que propusieron el nombre de Victoria.

También quiero dar las gracias a mi hermano Javier. A él se le ocurrió el título “Sin Límite” para la saga, que comienza con esta precuela y de la que habrá más novelas.

Gracias a [Jean Larser](#), mi malvado sensei, mentor, asesor, consejero y maestro literario. Con sus lecciones y su ayuda he perfeccionado y mejorado esta historia junto con todo lo que llegará muy pronto.

Y gracias a ti, lector, por invertir tiempo en esta novela. Puedes contactarme a través de la suscripción gratuita en [mi web](#) para decirme qué te ha parecido. No olvides dejar una valoración en la página donde lo has adquirido o en otros portales de literatura.

Jorge Caneda
www.jorgecaneda.com
Mayo de 2024



Suscríbete a mi newsletter para recibir más obsequios

CATÁLOGO COMPLETO:

www.jorgecaneda.com/libros